



## Fiesta de Santo Tomás de Aquino

LECTURAS: **Sb 7, 7-10. 15-16; salmo 118; Mt 23, 8-12**

---

La reflexión sobre la Sabiduría en muchos textos del Antiguo Testamento ha logrado ofrecer una visión religiosa del hombre que integra en armonía las preguntas y respuestas de su propia razón con las luces que sobre su existencia proyecta la verdad revelada por Dios.

En la primera lectura se nos ha anunciado el testimonio de un hombre religioso del antiguo testamento que confiesa haber recibido de Dios el espíritu de sabiduría. Y el testigo nos aclara que ha recibido este don porque prefirió la sabiduría al poder y a la riqueza, la quiso más que la salud y la belleza, y se propuso tenerla por luz en su vida. Iluminado por esta luz, sigue suplicando a Dios que le conceda pensar y actuar como corresponde a la sabiduría, porque Dios es el inspirador del camino de los sabios y en sus manos está la vida, la palabra, la prudencia y el talento del hombre.

La sabiduría es comprendida como una cualidad divina que cualifica todas sus acciones; es la forma de actuar de Dios en la creación y gobierno del mundo y consiste en la inteligencia y explicación del misterio del universo y de la vida humana; esta sabiduría es propia en exclusiva de Dios y sólo Dios conoce el camino que lleva a ella. Pero él nos ha mostrado un primer camino a través de la creación: todas las cosas creadas son un reflejo de la sabiduría de Dios.

La sabiduría es en el hombre el arte de conducirse en la vida en sentido moral y religioso, y tiene su principio en el temor de Dios (Prov 1,7); *“la sabiduría no entra en alma perversa, ni habita en cuerpo esclavo del pecado”* (Sab 1, 4); *la sabiduría es un espíritu que ama a los hombres*” (Sab 1, 6); *“se manifiesta a quienes no exigen pruebas, y se revela a quienes no desconfían”* (Sab 1, 2); es la “fuente de la vida” (Prov 4,23; 10,11; 13,14; 16,22) y “el camino de la vida” (Prov 6,23; 10,17; 15,24); es fuente de paz y de salud y se basa en el cumplimiento de los mandamientos. Por ello, el don de esta sabiduría es suplicado por el israelita piadoso, que desea vivir en fidelidad a Dios (cf Prov 9, 10-11).

La revelación del Antiguo Testamento sobre la sabiduría divina alcanza su pleno cumplimiento en la enseñanza del prólogo del Evangelio de Juan sobre la Palabra eterna de Dios hecha carne y en los himnos cristológicos de las cartas de Pablo. En la carta a los Colosenses se confiesa que Cristo “es imagen del Dios invisible, primogénito de



toda criatura; porque en él fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él.” (Col 1, 15-17).

En el Evangelio hoy proclamado, Jesús ha exhortado a sus discípulos a tener un único maestro, a llamar Padre únicamente al Padre del cielo y a tener a Cristo como único Consejero. Maestro, Padre y Consejero están íntimamente relacionados. Maestro y Consejero son atributos y funciones de Cristo, que derivan de su condición de Hijo único de Dios. Jesús es Maestro y Consejero porque enseña la verdad que ha oído al Padre y que el Padre le ha encargado transmitir; y porque no tiene otro programa de actuación sino hacer la voluntad del Padre. Los discípulos de Jesús le confesamos como Maestro y Consejero porque sólo él nos lleva al conocimiento del Padre.

Los maestros verdaderos, como santo Tomás de Aquino, no se interponen como obstáculo en la relación del discípulo con su único Maestro, Cristo. Al contrario, su enseñanza y el ejemplo de su vida nos conducen sólo a Cristo. Así lo testimonia el siguiente episodio de la vida del Doctor Angélico: Mientras Tomás oraba un día ante el crucifijo en la capilla de San Nicolás, en Nápoles, el sacristán de la iglesia oyó un diálogo. Tomás preguntaba preocupado si lo que había escrito sobre los misterios de la fe cristiana era correcto. Y el crucifijo contestó: “Tú has hablado bien de mí, Tomás. ¿Cuál será tu recompensa?”. Y la respuesta de Tomás fue: “Nada más que tú, Señor”.

Tomás de Aquino vivió entre los años 1224 y 1274. Más de setecientos años después de su muerte, podemos seguir aprendiendo mucho de él. En su fiesta, podríamos preguntarle: “Maestro Tomás, ¿qué lección nos puedes dar?”. Y él respondería tal vez alentándonos a mantener la confianza en la verdad de la fe católica y en el fruto de su diálogo con el conocimiento alcanzado con la mera razón.

En tiempo de Tomás de Aquino, la cultura del mundo latino se había visto profundamente estimulada por el encuentro con las obras de Aristóteles, que durante mucho tiempo permanecieron desconocidas. Se trataba de escritos sobre la naturaleza del conocimiento, sobre las ciencias naturales, sobre la metafísica, sobre el alma y sobre la ética, ricas en informaciones e intuiciones que parecían válidas y convincentes. Era una visión completa del mundo desarrollada sin Cristo y antes de Cristo, con la pura razón, y parecía imponerse a la razón como **la** visión única posible; por tanto, a los jóvenes les resultaba sumamente atractivo ver y conocer esta filosofía. Muchos acogieron con entusiasmo, más bien acrítico, este enorme bagaje del saber antiguo. Sin embargo, otros temían que el pensamiento pagano de Aristóteles estuviera en oposición a la fe cristiana, y se negaban a estudiarlo. Se confrontaron dos culturas: la cultura precristiana de Aristóteles, con su racionalidad radical, y la cultura cristiana clásica, construida sobre la filosofía cristiana de los Santos Padres, que habían corregido el platonismo a la luz de la fe.

Como es comprensible, se desencadenaron un sinnúmero de disputas en el mundo universitario y en el eclesiástico. La cuestión urgente era esta: ¿son compatibles o se excluyen la racionalidad de la filosofía pensada sin Cristo y la fe?



Carlos López Hernández

Tomás de Aquino estaba firmemente convencido de su compatibilidad. Siguiendo la escuela de Alberto Magno, llevó a cabo una operación de fundamental importancia para la historia de la filosofía y de la teología, y para la misma historia de la cultura: estudió a fondo a Aristóteles y a sus intérpretes, consiguiendo nuevas traducciones latinas de los textos originales en griego. Así pudo distinguir en ellas lo que era válido de lo que era dudoso o de lo que se debía rechazar completamente, mostrando la consonancia o no con los datos de la Revelación cristiana; en consecuencia, supo integrar en su teología lo válido del pensamiento aristotélico.

En definitiva, Tomás de Aquino mostró que entre fe cristiana y razón subsiste una armonía natural. Así creó una nueva síntesis, que ha configurado la cultura de los siglos siguientes.

Pero no debemos olvidar que este esfuerzo de la mente humana siempre está en la vida y en la obra de Tomás de Aquino iluminado por la oración, por la luz que viene de lo alto. Solo quien vive con Dios y tiene experiencia creyente de los misterios de la fe puede comprender también racionalmente lo que esos misterios proclaman.

Algunos aspectos de la doctrina de Tomás de Aquino son hoy de especial interés y ayuda para nosotros.

Tomás de Aquino resalta **el valor de la fe**: Por medio de la fe el alma se une a Dios y se produce en ella como un brote de vida eterna; la vida recibe una orientación segura, y se superan fácilmente las tentaciones. A quien objeta que la fe es una necedad, porque hace creer en algo que no entra en la experiencia de los sentidos, santo Tomás le recuerda que su duda es inconsistente, porque la inteligencia humana es limitada y no puede conocerlo todo. Solo en el caso de que pudiéramos conocer perfectamente todas las cosas visibles e invisibles, entonces sería una auténtica necedad aceptar verdades por pura fe. Por lo demás, es imposible vivir sin fiarse de la experiencia de los demás, donde el conocimiento personal no llega. Por tanto, es razonable tener fe en Dios que se revela y en el testimonio de los apóstoles: eran pocos, sencillos y pobres, afligidos a causa de la crucifixión de su Maestro; y aun así, muchas personas sabias, nobles y ricas se convirtieron en poco tiempo al escuchar su predicación. Se trata, en efecto, de un fenómeno históricamente prodigioso, al cual difícilmente se puede dar otra respuesta razonable que no sea la del encuentro de los apóstoles con el Señor resucitado.

Tomás de Aquino explica que **la meditación del misterio de la Encarnación del Verbo de Dios refuerza fe cristiana**; en efecto, la fe se hace más confiada al pensar que el Hijo de Dios vino en medio de nosotros, como uno de nosotros, para comunicar a los hombres su divinidad; y la caridad se reaviva, porque no existe signo más evidente del amor de Dios por nosotros que ver al Creador del universo, que se hace El mismo criatura, uno de nosotros. Por último, considerando el misterio de la encarnación de Dios, sentimos que se inflama nuestro deseo de alcanzar a Cristo en la gloria. Haciendo una comparación sencilla y eficaz, santo Tomás observa: “Si el hermano de un rey



Carlos López Hernández

estuviera lejos, ciertamente anhelaría poder vivir a su lado. Pues bien, Cristo es nuestro hermano: por tanto, debemos desear su compañía, llegar a ser un solo corazón con Él.”

Santo Tomás fue un gran devoto de **la Virgen**. La describió como **lugar donde la Trinidad encuentra su descanso**, porque en ninguna criatura como en ella, las tres Personas divinas habitan y sienten delicia y alegría por vivir en su alma llena de gracia.

Tomás de Aquino tuvo una **comprensión y experiencia vital muy intensa del misterio de la Eucaristía**. Así lo reflejan estas palabras: “Al ser la Eucaristía el sacramento de la Pasión de nuestro Señor, contiene en sí a Jesucristo, que sufrió por nosotros. Por tanto, todo lo que es efecto de la Pasión de nuestro Señor, es también efecto de este sacramento, puesto que no es otra cosa que la aplicación en nosotros de la Pasión del Señor”.

Así se comprende por qué Santo Tomás celebraba la santa misa derramando lágrimas de compasión con el Señor y de alegría y gratitud por su sacrificio por nosotros.

Queridos hermanos: pidamos hoy al Santo la gracia de celebrar esta Eucaristía en su honor con los mismos sentimientos y fervor con los que él la celebraba. Y que el alimento del Cuerpo y Sangre de Cristo haga de nuestra vida un sacrificio de alabanza a la gloria de Dios y un testimonio vivo de fe y de amor a todos aquellos por quienes el Señor ha entregado su vida.

Salamanca, 28 de enero de 2011